



BOOK REVIEW

**Arturo Dávila:
Catulinarias, Madrid 1998,
Ediciones Hiperión, 51 págs.**

Nelson RAMÍREZ

Elegido cónsul, Marco Tulio Cicerón descubrió y sofocó la conjuración de Catilina. Su famosa Catilinarias descuella tanto en iras como en el arte de la elocuencia satírica. Catulinarias, poco más de dos milenios después, es el poemario con el que Arturo Dávila merece el II Premio de Poesía Antonio Machado en Baeza, 1998, según el jurado por: "la universalidad temática del libro que, partiendo de la tradición latina —patente ya desde el título—, la recrea y revitaliza con un léxico actual y variado". La edición, publicada por Poesía Hiperión, es impecable, a la usanza de dicha editorial española, y va de la mano con la pericia de la composición poética.

El mexicano Arturo Dávila, además de la tradición latina, de Pound y su hijo Omar S. Pound, de Ibn al Rumi, de Masarik y de Bukowski, ha leído a ese Rodolfo Hinostroza de "Imitación de Propercio", y re TRABAJA poemas que ya se habían configurado en la línea de la reescritura y los préstamos literarios. Propercio, aquel poeta latino enamorado de Cintia, que siente alguna rivalidad respecto a Horacio por el favor de Mecenas, en Hinostroza es la voz antiheroica diciendo: "Oh César, oh demiurgo, / tú que vives inmerso en el Poder, deja / que yo viva inmerso en la palabra". Dávila da una vuelta más de tuerca a la reescritura de la tradición que desacraliza, y hará llegar el tono y la palabra hasta las últimas consecuencias para desbaratar poderes y despoticar de los hitos

sagrados de su tiempo.

El pretexto de la retórica es la mujer; belleza y juventud hacen babear a los hombres de lujuria; pero quienes, de antemano son tiranos, corruptos y grotescos. El poeta que habla desde el despecho tampoco escapa a la mediocridad; su apetito son la mujer, los premios, el reconocimiento y, por sobre eso, el tono amargo lo da el constatar la irremediable banalización de sus versos: "No escribas más 'poemas de amor', Melifluo, / ni compongas 'canciones de moda', / que hasta en los mercados de la ciudad / (mientras se escucha tu "último éxito") // las verduleras / comienzan a versificar". Haciendo eco al poeta Juvenal, que en su Sátiras ataca las costumbres sórdidas de Roma, el poemario fustiga la actualidad de un tiempo burdo, mórbido en política; y, con cadencia pesimista, el circo romano del que se solaza y hastía el poeta orador es el Dios mercado: "Malos tiempos para la lírica: / Lisis, ayer te vi por la tele / del brazo del Gorila, / escoltada por guaruras y soldados: / ite veías tan mona! / Será que tiene tanto dinero, / o que come langosta con champagne, / o es el charm que le da el poder".

Las imágenes visuales convocan a espacios públicos de México (el Estadio Azteca, la estética unisex, la arena política) y vocablos de las calles como "a las mujeres bonitas / y a los buenos caballos, / los echan a perder los pendejos" o "no mandes a tus guaruras, Gorila", superponiéndose a las de espíritu californiano de gordos a lo Botero "que se deleitan comiendo una hamburguesa" o de las "whipped-cream parties, / en que las mujeres se embarran / de chocolate y de crema batida / para que las lama el rebaño de los hombres" a lo Bosch; ambos, para zaherir sociedades de consumo y la autoritaria hedentina del poder.

Hay un tono conversacional de desdén y cansancio de la moda (ideológica, estética, literaria, etc.) a lo largo de sus XXXIII poemas, en que la unidad temático-estilística y el buen recorte verbal, en su mayoría dirigidas a un tú con el que se disputa, al que se aconseja o cuenta, nos deja con la alegría de saber que Arturo Dávila, el poeta, trabajó y logró: laudable Catulinarias; y, su cabeza no habrá de rodar, en ninguna reyerta, ni poética, ni política, como la del maestro Cicerón.